



CAPITULO LIX.

Se nubla el horizonte.

HABRÍA transcurrido una hora, esto es, no eran aún las cuatro de la mañana, cuando los soldados que componían la guerrilla empezaron á ensillar sus caballos, y el mismo jefe de ella fué á tocar á las puertas de los cuartos de los cuatro jóvenes, que como hemos dicho dormían á pierna suelta.

Un cuarto de hora después salían todos juntos del poblado formando un total de treinta hombres, fuera de unos tres ó cuatro más que estaban apostados más adelante y que fueron recogiendo al paso.

—Yo no sé si he hecho mal en desviar á ustedes de la dirección que se proponían seguir, les dijo el comandante á nuestros cuatro jóvenes que iban ya á su lado; pero una vez que salgamos de la zona del peligro, ustedes serán libres de seguir la que quieran. Nosotros estamos

rodeados por varias secciones de caballería que nos vienen persiguiendo desde muchas leguas y no nos ha costado poco trabajo escapar hasta ahora de caer en sus manos, pues cualquiera de esas secciones tiene más fuerza, y todas son dirigidas por un coronel francés bastante terrible, que fué quien mató á la flor y nata de nuestros guerrilleros de Jalisco, al general don Antonio Rojas.

—Sí, supimos que Berthelin lo sorprendió y lo mató.

Robles dijo luego:

—Nosotros efectivamente veníamos en busca de una tropa de línea para incorporarnos á ella, porque somos oficiales del ejército; pero como hemos tardado tanto tiempo en hallar un camino que nos pareciera seguro, todo lo vamos viendo muy distinto de como nos lo figurábamos, de manera que si no ha sido por el feliz encuentro que hemos tenido nosotros cuatro primero y luego con usted que ha venido á ser nuestro salvador, no sabríamos ahora qué hacer ni para dónde encaminarnos. Mi compañero el capitán Velázquez y yo, pensábamos ir á reunirnos con Corona en Sinaloa. Nuestros amigos los capitanes Tapia y Montero, que vienen del rumbo de Chihuahua, pensaban ir á presentarse á los jefes que hacen la campaña en Michoacán.

—Las dos empresas muy difíciles, contestó sonriéndose el comandante de la guerrilla, aunque no imposibles para hombres valientes como ustedes manifiestan serlo.

—Lo que más temíamos era que se nos agotaran los recursos y que se acabaran nuestros caballos, dijo Montero.

—Ya, ya les daré á ustedes un buen norte, siguió diciendo el guerrillero, luego que sepan ustedes algunas noticias que tal vez ignoran.

—Nosotros tenemos ya casi dos meses de no saber nada.

—Pues en estos dos últimos meses casi se puede decir que ha sufrido un cambio favorable la situación, no obstante los repetidos reveses que ha tenido que sufrir nuestra causa.

—A todo esto, no nos ha dicho usted su nombre, señor comandante, le dijo Robles.

—No les va á servir de nada mi nombre, que no es conocido más que en esta parte de la República; pero no tengo inconveniente. Me llamo Adrián Canales, y soy originario de un pueblecillo que está á quince leguas de Guadalupe y que se llama Santa Ana Acatlán. Tengo mi despacho de comandante expedido por el mismo Presidente Juárez, y he sido el único que he estado levantado en armas, de un año á esta parte, en estos rumbos, porque todos los demás hombres de combate ó han muerto ó se han sometido al imperio. Hasta ahora, de unos días á esta parte, ha comenzado á haber pequeños levantamientos, y dentro de dos ó tres semanas habrá una completa conflagración en todo Jalisco. Ya vamos á llegar á un punto en que podremos tomar un verdadero descanso, cuando menos de doce horas, seguros de que allí no penetrará ningún enemigo.

En efecto, los jóvenes oficiales habían notado con alguna extrañeza que desde hacía rato se había abandonado el sendero, y que ahora se marchaba por el centro de un bosque de cocoteros que cada vez se iba haciendo más espeso y que amenazaba llegar á ser casi impenetrable.

Así fué en efecto, habrían andado una legua, cuando los soldados tuvieron que abrir brecha para pasar hasta

llegar á una plazuela en donde había tres ó cuatro jacales y por donde corría un manso arroyuelo.

—Aquí es, dijo Adrián á sus nuevos amigos, tenemos agua para nuestros caballos y buenas pasturas; tenemos buena sombra para más tarde que caliente el sol y tenemos mujeres que nos dispongan un regular almuerzo. Aquí, como ustedes han visto por el trabajo que hemos tenido nosotros para llegar que conocemos el sitio, será imposible que nos sorprenda el enemigo.

Sin embargo de la seguridad que ofrecía el bosque, Adrián distribuyó el servicio á su gente, mandó que fueran atendidos los caballos de los oficiales, y en seguida vino á hacerles á éstos compañía debajo de un cobertizo designado como cuartel general. Allí había asientos rústicos y una mesa formada con dos bancos y unas tablas.

—Ahora, les dijo, ustedes van á darme las noticias que traigan para en seguida darles yo las mías.

—Nosotros estamos rapados de noticias recientes, y las que tenemos son atrasadas de mucho tiempo, porque hemos tenido, tanto mi compañero y yo, como Montero y Tapia que vienen de opuesto rumbo, que venir evitando entrar en las poblaciones y haciendo rodeos, de modo que sólo hemos visto de lejos al enemigo, sin poder hablar con ningún amigo, recogiendo á lo más rumores inciertos, pero sí referiremos á usted nuestras aventuras hasta este momento.

Y Robles, con su estilo claro y conciso, contó al joven guerrillero los combates en que se había encontrado, las derrotas que había sufrido, las veces que había caído prisionero y los trabajos que le había costado salvar el pellejo en medio del chubasco de contiendas porque había pasado.

Tapia también refirió cómo él y su compañero habían hecho una larga campaña desde Veracruz hasta Chihuahua, los trabajos que habían pasado en el desierto, cómo habían admirado la impasibilidad de Juárez ante los mayores peligros y ante las mayores calamidades, y cómo la persecución encarnizada que les habían hecho los franceses, había logrado separarlos de sus jefes y ponerlos en dispersión.

Entonces supieron que en el Sur de Jalisco había un ejército, y que en el Estado de Michoacán varios generales tenían algunas fuerzas organizadas, y en vez de tomar dirección para la frontera, cosa que era imposible, habían emprendido tan largo viaje, principalmente para encontrarse al lado de jefes que ya los conocían.

Adrián se sonrió y les dijo:

—Efectivamente, están ustedes muy atrasados de noticias. Después que capituló Echegaray que mandaba las últimas tropas regulares en el Sur de Jalisco, y después de la muerte de Rojas sorprendido por Berthelin, ya son partidas insignificantes, como la mía, las que han estado sosteniendo la campaña. Hasta ahora, á causa de los últimos sucesos, se han comenzado á levantar algunos pueblos, y dentro de poco, como ya dije á ustedes, cundirá la conflagración en todo Jalisco.

—¿Cuáles sucesos? preguntó Tapia con ansiedad.

—Los que les voy á relatar á ustedes brevemente, contestó Adrián. En primer lugar, el Presidente Juárez ya no está confinado á Paso del Norte donde se prorrogó su periodo legal por deserción del Vice-Presidente general González Ortega, sino que ahora ha establecido de nuevo su gobierno en la capital de Chihuahua, en donde no volverá á ser molestado por los franceses.

—¡Cómo! ¿cómo está eso? preguntó Velázquez.

—A consecuencia de que Napoleón ha gastado mucho dinero y perdido miles de hombres en México sin ningún resultado favorable, pues el imperio no se consolida, y antes bien, la resistencia del país se hace cada día más enérgica, por lo cual las cámaras legislativas y el pueblo francés instan por la retirada del ejército, lo mismo que la diplomacia de los Estados Unidos también se muestra inflexible respecto de reconocer á Maximiliano y negar su apoyo moral á Juárez, Napoleón, con el pretexto de que no se han cumplido los convenios de Miramar, pero en realidad porque la agresión llevada á efecto contra la República mexicana ha sido un fracaso, hace que los franceses abandonen ya las ciudades que tenían ocupadas y se concentren en la Capital para evacuar el país á fines del año de 1866 ó á principios del entrante.

—¿Es posible?

—Eso dicen el «Boletín de Noticias» y otros periódicos que he recibido de Guadalajara y algunos otros impresos que cayeron hace tres días en mi poder. Yo, como ustedes pueden ver, soy simplemente un guerrillero, un hombre ignorante, y no hago más que repetirles lo que he visto impreso en letras de molde. En realidad no sé si lo que se publica será verdad ó estará exagerado; pero también mi propio instinto, los movimientos del enemigo, los rumores que se propalan y hasta el viento que corre, todo parece indicar que se está realizando ya un cambio favorable para nosotros; el mismo que hemos esperado con fe cuantos nos hemos lanzado á defender las instituciones republicanas.

—¿De manera que tiene usted algunos periódicos de recientes fechas? preguntó Robles.

—Periódicos y cartas: aquí las tienen ustedes.

Y diciendo esto, Adrián mandó á su ordenanza que le acercara su cartera y de ella sacó varios papeles que repartió á los oficiales.

Entonces éstos pudieron ver con gusto y con sorpresa, que efectivamente en los últimos dos meses de perdida casi, como habían dejado la causa republicana, hoy se presentaba cambiada tan favorablemente, que podía decirse que había surgido con nueva vida de en medio de las cenizas en donde la habían dejado agonizante.

Los cuatro oficiales leían y no se cansaban de lanzar exclamaciones llenas de alegría.

En un periódico encontraban la noticia de que Porfirio Díaz, después de haberse fugado de un cuartel de Puebla en que lo tenían encerrado los austriacos, se había puesto nuevamente en campaña y estaba dando golpe tras golpe á los sostenedores del imperio.

En otro impreso leían que los franceses habían perdido el fuerte de Palos Prietos, cerca de Mazatlán, tomado por el valiente coronel Jorge Granados, que Ángel Martínez había tomado á Ures, vengando la nunca bien sentida muerte del general Antonio Rosales, el vencedor de los franceses en San Pedro, acción tan digna de mérito como la de Zaragoza el 5 de Mayo en las cumbres de Puebla.

En unas cartas veían confirmadas las noticias que ya tenían, de que los temibles jefes de la reacción Miramón y Márquez, habían sido desechados por el gobierno imperial y mandados á correr aventuras en tierras extranjeras, lo mismo que leyeron con suma admiración la noticia de que la misma Carlota, á quien llamaban los traidores Emperatriz, había ido á Europa á echarse á los piés de Napoleón para conseguir que no retirara aún las tropas

francesas de México, que eran las únicas en que tenía confianza Maximiliano.

Se impusieron así mismo de otras noticias importantísimas, tales como la toma de Chihuahua por Terrazas, la vuelta del Gobierno á esa ciudad, la retirada de los franceses de Durango, las victorias de Escobedo y demás jefes fronterizos en Tampico, Matamoros y en Monterrey, y la declaración que se proponía hacer Lozada, llamado también el Tigre de Alica, de que permanecería neutral en la contienda, una vez persuadido, á pesar de su ignorancia, de que era un crimen de traición á la patria el ayudar á los extranjeros á dominarla y á derramar la sangre de los mexicanos.

—¡Voto á mil demonios! exclamó Robles con su carácter arrebatado, tantos hechos gloriosos que se han sucedido sin haber estado nosotros en los trancazos!

—A nosotros sólo nos han tocado las duras, contestó Velázquez.

—Es necesario que partamos, dijo por su parte Tapia levantándose.

—Calma, amigos míos, dijo á su vez Adrián cogiéndolos de las manos y haciéndoles sentarse de nuevo. En seguida agregó:

—La guerra ahora es cuando va á comenzar con más tenacidad, y ya nos sobrarán combates en donde nos encontremos, yo se los aseguro. Por de pronto, vamos descansado aquí siquiera unos dos días, y en cuanto descansemos, que ya será tiempo de que el enemigo nos haya perdido la pista, saldremos á hacer algo de provecho, á cuyo fin todavía tengo algo muy importante que comunicarles.

Los cuatro jóvenes que ya estaban tan nerviosos como emocionados, escucharon con avidez.

—Tengo que darles otra noticia y enseñarles una carta de carácter oficial.

Entonces más se aproximaron y más se volvieron ojos y oídos:

—La noticia es que á estas horas el general Corona ha ocupado á Mazatlán y es dueño de los Estados de Sinaloa, Sonora y Durango.

—¡Ah! exclamaron todos.

—Que á estas horas también debe contar ya con un buen ejército de ocho á diez mil hombres.

—¡Oh! volvieron todos á exclamar.

—Que á estas horas también debe venir en camino la vanguardia de aquel ejército para Jalisco. . . .

—¡Pero estamos soñando! interrumpió Velázquez.

—Y la carta que considero de carácter oficial, es ésta, continuó diciendo Adrián, á la vez que sacó una del bolsillo y leyó:

«Brigada de vanguardia.—Coronel en Jefe.—Señor Comandante.

—Aquí, dijo Adrián dejando de leer, no hay nombre ninguno, se comprende que es una circular á los jefes de fuerzas que se hallen en armas.

«Señor Comandante, siguió leyendo, por la presente hago saber á usted que por orden del General en Jefe del Ejército de Occidente, y por estar al concluir la campaña de Sinaloa, estoy en marcha para Jalisco con objeto de emprender algunas operaciones de guerra y preparar las que sean necesarias mientras llega todo el Ejército.

«Espero que sin demora se ponga usted en contacto

con todos los demás jefes de fuerza que se hallen levantados, y que todos unidos se encuentren lo más cerca posible de Autlán, á donde me propongo llegar como por el día 1° de Noviembre.

«A la vez, recomiendo á usted no sólo la mayor disciplina y el mejor orden para que los habitantes de los pueblos no se alarmen, sino que por cuantos medios estén á su alcance tome empeño en que éstos se apresuren á insurreccionarse secundando nuestra causa, pues que mucho contribuirá al buen éxito de la campaña el auxilio armado del mayor número de los ciudadanos que profesen amor á la República y á la libertad.

«Escuinapa, 15 de Octubre de 1866.

Coronel en Jefe,

Eulogio Parra.»

Al terminar Adrián tan importante lectura, los oficiales no pudieron menos que arrojar á los aires sus sombreros, y gritar con todos sus pulmones:

—¡Viva la República! ¡Abajo el Imperio!

—Ustedes van á conseguir con su algazara, que los franceses descubran nuestro retiro.

—Ya no hay franceses, contestó Velázquez.

—Todavía quedan algunos en Jalisco. Berthelin es uno de ellos.

—Pero según indican los periódicos, ya no se baten si no se les ataca. Ya van retirándose, objetó Robles, dejándonos solitos á los traidores para que nos los almorremos.

—A propósito de almuerzo, aquí viene ya el que se nos ha preparado.

Y diciendo esto Adrián, alzó los papeles é hizo que la cesina en mole, la carne de puerco con chile verde, los frijoles y las tortillas calientes, se les sirvieran debajo del cobertizo, en la misma mesita de tablas que tenían al frente.

Según había dicho Adrián, se estuvieron encerrados en el corazón de aquel bosque de cocoteros durante dos días, durmiendo bien, comiendo bien y cuidando muy bien sus caballos, de los cuales iban á necesitar para hacer jornadas de quién sabe cuántas leguas, tanto de día como de noche, escapando unas veces el bulto y otras procurando dar golpes atrevidos, según era la vida habitual de los guerrilleros, y más en aquella época en que eran perseguidos y acosados con todo encarnizamiento y con cuyo fin pululaban las contraguerrillas, las acordadas y las partidas de los pueblos que se habían manifestado amigos de la intervención, por fortuna pocos y de muy escasa importancia.

Al tercer día salieron todos del escondite al campo raso, separándose de la costa para internarse en la cordillera de montañas con objeto de ir á orientarse en la Unión de Tula, en donde Adrián tenía sus inteligencias. Allí supieron él y sus amigos con regocijo, que se iban á pronunciar contra el imperio, si es que no estaban ya á aquellas horas pronunciados, los pueblos de Cocula, Za-coalco, Atotonilco, Techaluta, Tuxcacuezco, Teocuitatlán, San Gabriel y Tapalpa. Que también Autlán estaba dispuesto á levantarse, y que ya lo habría hecho si no fuera porque estaba allí el comandante imperialista Luciano Hurtado con trescientos dragones.

—¡Diantre! dijo Robles, allí está, pues, el enemigo á quien tenemos que combatir.

—Vamos allá, contestó Adrián, que al fin mi gente no está acostumbrada á contar el número de los contrarios.

El 12 de Noviembre estaban nuestros amigos en la hacienda de San Vicente esperando que se les incorporaran otras fuerzas liberales de las recientemente levantadas, cuando recibieron una noticia que á ellos, como á todos los habitantes del Sur de Jalisco, les causó un regocijo extraordinario: Berthelin, el feroz Berthelin, el terrible asesino francés cuyo nombre se había hecho execrable por sus infamias, había sido muerto con cuarenta de los suyos en manos de los guerrilleros Julio García, Merino y Zepeda, á unas quince leguas de Colima.

El día 14 llegaron nuestros guerrilleros á la vista de Autlán; pero como á la vez Parra, cumpliendo su palabra, llegaba por el otro lado, los imperialistas tuvieron que escaparse á uña de caballo.

Un mes después, el 18 de Diciembre, se daba la batalla de la Coronilla en las afueras del pueblo de San Gabriel, mandada por Parra, contra mil doscientos franceses y traidores, en que los cinco jóvenes hicieron prodigios de valor, tratando no sólo de lucirse unos con otros, sino de lucir también ante los héroes de Occidente que venían cargados con los laureles de cincuenta victorias.

Adrián tuvo tiempo de ser recibido por la noche en los brazos de su Refugio que lo llenó de besos. Presentó con su mujer á sus cuatro amigos, y allí cenaron los cinco en medio de la más cordial alegría.

El 21 entraron todos al lado del vencedor Eulogio Parra á la capital de Jalisco, que fué evacuada cobardemente por el cojo general don Ignacio Gutiérrez, quien fué

acabado de destrozar en su huida por las guerrillas de García de la Cadena, no obstante que contaba con tres mil hombres y veinte bocas de fuego.

Mas tarde volveremos á encontrar á nuestros valientes y simpáticos oficiales tomando su parte respectiva en las operaciones de la plaza de Querétaro.



CAPITULO LX.

Carlota.

LUEGO que Maximiliano y sus íntimos se persuadieron de que en efecto la retirada del ejército francés de México no era una simple amenaza de Napoleón para que se procurara cumplir los convenios, sino una resolución irrevocable impuesta de un lado por la diplomacia americana y del otro por las exigencias de la política y las complicaciones europeas, se convino en que la misma princesa Carlota fuera á remover cielo y tierra, á fin de conseguir que dicho ejército, que era el principal apoyo del gobierno imperial no fuera retirado, ó si de todas maneras tenía que retirarse, no fuera tan pronto, sino dos años más tarde, plazo que sobraría para el aniquilamiento de los republicanos, que si respiraban aún era por la negligencia con que había manejado la campaña el mariscal Bazaíne, interesado él mismo en que desapareciera lo